

PELEGRÍN, uno más de la compañía

Desde que en 1983 Iñaqui Juárez conociese a Pelegrín, miles de niños han seguido sus andanzas en Arbolé. Este popular títere lleva más de veinte años junto a la compañía, protagonizando buena parte de los espectáculos que se han creado para los niños y niñas. Ellos han correspondido a esta dedicación con lo mejor que podían hacer: salvándolo del olvido. Pelegrín es uno más de la compañía.

Iñaqui Juárez supo de él hace ya unos años en un pueblo de la Navarra oriental. Quien se lo “presentó” dijo haberlo conocido por los vecinos valles aragoneses. El lugar de su aparición, y su propio nombre, Pelegrín, hace suponer que fue en el trazado aragonés del Camino de Santiago donde nació o, al menos, donde se quedó.

Su historia

No existe unanimidad en cuanto a los orígenes de este popular personaje. Si para algunos estudiosos el linaje de Pelegrín procede del legendario rey Peleo, otros asocian el nombre con peregrino, el que va de un lado a otro, o con tener ideas “pelegrinas”.

Aunque existen antiguas representaciones del intrépido Pelegrín que nos lo sitúan en los albores de la historia, no hay noticia escrita de este personaje hasta el siglo XVII. En la famosa crónica del Ingenioso Hidalgo Don Quijote aparece en una representación de títeres de un tal Maese Pere o Pedro, dando cuenta de los amores de Melisendra, hija de Carlomagno, en la ciudad que ahora se llama Zaragoza entonces Sansueña.

Pelegrín viaja en esa época por toda Europa, compartiendo escenario con Polichinela en Italia, Guiñol en París y con Punch y Judy en Londres, donde conocerá al mismísimo Shakespeare, que le hará un homenaje en *El sueño de una noche de verano* con su personaje Puck (diminutivo de Pelegrín).

La popularidad de Pelegrín llega a la Corte a finales del siglo XVIII. Carlos IV encargó un cuadro de nuestro personaje a su pintor de cámara: Goya, aficionado como Pelegrín a los toros.

Por entonces Pelegrín ya era conocido en toda Europa por sus obras o por las aportaciones de sus familiares: el fabricante de colonias P. Legrain, el famoso cuentista Pelle (uno de los hermanos Grimm). Grandes músicos le dedicarán sus obras como el Peer Gynt de Grieg.

Comparte tertulias y cafés con los escritores e intelectuales de principios del siglo XX. Con Lorca viajará hasta la Argentina para divulgar el teatro de cachiporra en aquel país. Allí conoce a Javier Villafañe el célebre titiritero, fundador de La andariega y autor de *La calle de los fantasmas*. Desde entonces, Pelegrín comparte escenario y una gran relación con los protagonistas de esta obra, sobre todo con Juancito y María.

Unos años más tarde viaja a Nueva York donde conoce a Jim Henson, creador de los Teleñecos, de Epi, Blas, Coco, Peggy y la rana Gustavo, a la que le unirá una gran amistad.

Pelegrín conocerá a los titiriteros del Teatro Arbolé en los años ochenta. La proximidad de puntos de vista y de carácter con este grupo será el principio de una relación profesional y de amistad que llegará hasta nuestros días y de la que surgirán numerosas obras para muñecos, en las que Pelegrín hará y deshará mil y un entuertos.

La popularidad de Pelegrín ha conseguido que algunos colectivos ciudadanos hayan propuesto su incorporación a los célebres cabezudos zaragozanos, junto al Morico, La Pilara, el Robaculeros y otros entrañables personajes.

La Personalidad de Pelegrín

Es indudable que Pelegrín tiene mucho del titiritero que lo maneja, aunque este personaje posee su propia personalidad. Para Iñaqui Juárez, "Pelegrín representa, sobre todo, la esencia del títere, un personaje absolutamente complejo y contradictorio. Tradicionalmente, los personajes del teatro de títeres han sido

ambiguos, como la vida misma: valientes y cobardes, sinceros y mentirosos, gamberros y educados. Y eso es lo que le define, dependiendo de las historias y las situaciones en las que se ve inmerso, sus reacciones son distintas. Como su personaje contiene todo, todo está justificado. Por eso se ha mantenido a lo largo del tiempo este género tan popular; porque el ser humano también es así: imprevisible, ángel y demonio; y esto hace que nos identifiquemos con los títeres”.

“Porque Pelegrín –añade Pablo Girón- es un personaje entrañable. Es un compendio de virtudes y defectos, como el ser humano, y eso es lo que le hace tan real y verdadero”.

Pelegrín es un muñeco aventurero y pendenciero, de doble moral, lleno de matices y contrastes; feo, pero atractivo. Con la cachiporra realmente resuelve sus entuertos como a veces hay que hacerlo: abriendo la cabeza a la gente, no tanto para hacerles daño, sino para hacer que les entren las ideas. Pelegrín es, sobre todo, un antihéroe. Aunque su astucia le haga salir airoso de las aventuras más difíciles, no es un superhéroe, sino un superviviente. En muchas historias no se queda ni con la chica.

Todo ello hace que los niños de ahora, los del pasado y los del futuro disfruten de las aventuras, las desventuras, el ingenio, la torpeza, el valor, el miedo, las verdades y las mentiras de este viejo héroe del teatro de títeres más popular.

El “hallazgo” de Pelegrín para Arbolé supuso –en palabras de Iñiqui Juárez- “encontrar al personaje carismático que toda compañía de títeres quiere tener o intenta tener. Es la cabeza visible de Arbolé; porque tradicionalmente nadie, salvo contadas excepciones, conoce al titiritero que, escondido en su retablo, da vida al personaje. Los niños no se acuerdan de él, pero sí de su títere. Lo recuerdan porque han seguido sus aventuras, porque es un personaje que aparece en casi todas las obras como protagonista. Y en el caso de Pelegrín, lo recuerdan porque siempre les lleva la contraria. Pelegrín nunca es condescendiente con los niños, se enfrenta a ellos, porque es imprevisible y en eso radica su gran atractivo”.

Ésa es también la máxima de Pablo Girón cuando manipula a Pelegrín “sin compasión con el espectador. Y eso al niño, le da mucha marcha”. “Pelegrín –a su juicio- es una marca, una seña de identidad. Pelegrín trasciende a Arbolé. De hecho

en algunas localidades, como en Calamocha, no piden que actúe Arbolé sino que vaya Pelegrín. Este títere es ya una tradición en sus fiestas, y todos los años forma parte de su programa de actos”.

Pelegrín y la cachiporra

Desde que en 1983, Pelegrín irrumpiera en la vida de los niños en aquel teatro del Parque Primo de Rivera que construyeron para él, hasta hoy, ha protagonizado más de veinte espectáculos de la compañía.

Pelegrín ha sido caballero andante, astronauta, cocinero, marinero, pirata... y en cada obra se ha adaptado incondicionalmente a la técnica que mejor le iba al espectáculo. Ha sido títere de guante, de varilla, marioneta de mesa, de hilo y hasta de dedo. Sin rechistar se ha vestido siempre con el traje que su titiritero le ha dado, y de todas las pruebas ha salido airoso y triunfante.

Es indiscutible que donde Pelegrín ha alcanzado su mayor gloria ha sido en los títeres de cachiporra. Y si Arbolé pudo investigar y llegar a las más grandes cotas con este género, ha sido porque contaba con un personaje tremendamente popular y querido a pesar de sus veinte años de nueva vida.

Con el teatro ambulante de Arbolé, Pelegrín ha llegado a todos los lugares por inaccesibles que fueran. Y se ha codeado, sin complejos, con el Don Cristóbal de Lorca, con Guiñol, Polichinela... porque todos estos títeres no son sino las distintas caras de un mismo personaje, que en cada lugar ha tomado las peculiaridades locales, pero con un innegable tronco común.

A través de Federico García Lorca llegó hasta Arbolé la vieja tradición del teatro de cachiporra en España. El gran poeta y dramaturgo era un enamorado de estos títeres con los que había convivido en su infancia, y por ello puso toda su creatividad y genialidad al servicio de ellos en un puñado de pequeñas obras que trascendieron desde lo más popular a lo más culto y elevado. Porque Lorca sabía que el guiñol era la expresión de la fantasía del pueblo. El delicioso y duro lenguaje de los muñecos, con expresiones y vocablos que nacen de la tierra, también servía para hacer volar la imaginación, para entrar en el reino de la fantasía, para crear y para hacer arte.

Lamentablemente, en España esa tradición permaneció en el olvido durante más de cincuenta años. Porque el títere es satírico, ridiculiza a los personajes y tipos. Y por ello a veces fue perseguido. Las marionetas cuestionan la realidad, se preguntan por el sentido de la vida y nos muestran sin tapujos la condición humana. Los títeres, con su carácter grotesco y bufonesco se podían tomar la vida a risa, criticar a la sociedad y comentar los acontecimientos. Presentan una parodia grotesca y diminuta de la vida, que no era bien vista en los años del franquismo.

Y así la cachiporra de Arbolé junto a Pelegrín, como elemento de catarsis, recoge la tradición de lo más popular y resurge con vigor a la llamada del artista pendenciero, pero también del artista implicado en la aventura del saber y de la creación.

Son varios los titiriteros de Arbolé que han viajado y viajan junto a Pelegrín en su Teatro Ambulante. Desde 1995, han movido a este popular personaje: Iñaqui Juárez, Guillermo Martín, Pablo Girón, Víctor Biau y Javier Aranda.

Para él han creado nuevas historias, como ***Las aventuras de Pelegrín, El caballero negro, La olla del diablo o Robaculeros***, de Iñaqui Juárez; y se han adaptado célebres obras de autores como Quique Sánchez Vera: ***El sereno y el diablo***; Roberto Espina: ***Pelegrín, marinero***; César López Ocón: ***La casa encantada***; Javier Villafañe: ***La calle de los fantasmas, El caballero de la mano de fuego y El pícaro burlado***; Luis A. Clareysson: ***El ladrón de sandías***; o de la vieja tradición como ***El paseo de Pelegrín***, versión de una obra de Monsieur Guiñol.

Lola Lara escribía en *El País*, en diciembre de 1995: "El trabajo de Teatro Arbolé *Títeres de cachiporra, buscando a Guiñol* es un modelo fiel de lo que había sido ese teatro que el grupo zaragozano se empeña, con gran acierto, en recuperar. El público, niños y adultos, ríe con franqueza y unánimemente las bromas de Pelegrín, entra con facilidad en el juego y libera la carcajada con la intervención de la cachiporra, instrumento catártico, al entender de los componentes de Arbolé".